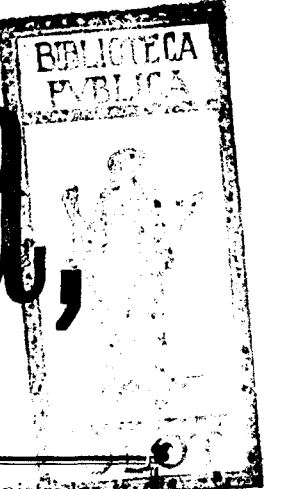


# El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	1'50
	» » año	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea...	0'05
	(Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 18 de Septiembre de 1892.

AÑO I. Núm. 12.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador, bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no esté adelantado su importe. —Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

## De la colaboración particular de EL ECO DE LA MONTAÑA.

### LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y NUESTROS POLÍTICOS.

Cuanta tinta deberíamos gastar si posible fuera repetir cuanto se ha dicho y escrito sobre gobernanación de los Estados, sobre las mejores formas de gobierno, sobre ese ideal político que debe salvar á la sociedad, dar la felicidad á los pueblos y conceder el reposo y el sosiego á los hombres.

La Monarquía, dicen unos, con su unidad, con su mecanismo simple y armónico, con su estructura natural, originaria y espontánea, infiltra más selecta nutrición y comunica más vigorosa vida al cuerpo social. Ella dá más estabilidad y prestigio al Poder y rodea de mayor respeto y veneración al principio de autoridad. Ella pone la suma de las más nobles energías al servicio del estado y ofrece firme garantía al sostenimiento de los principios fundamentales de la sociedad.

Le República, dicen otros, con su complicado mecanismo, con el funcionamiento de los diversos engranajes que entran en juego, con su estructura refleja, artificial y bien calculada, cohibe é impide el abuso de los poderes, enfrena el instinto egoísta del hombre superior á imponerse, dominar y tiranizar á las clases inferiores, y arroja de los pueblos el despotismo histórico de derecho divino. Ella emancipa á la sociedad de esa tutela permanente de las casas reinantes y la arranca de esta ley fatalista que la encadena á las eventualidades de nacimiento de los príncipes dinásticos. Ella difunde la savia de la vida por todas las arterias de la sociedad, ahorra una fortuna designada en una pródiga lista civil, y, dando participación en las funciones públicas del Poder á todas las clases sociales, establece el gobierno del país por el país, devuelve el patrimonio de la nación á la nación misma, y recaba garantías de gran solidez para todos los derechos naturales y humanos.

La Teocracia y la Aristocracia, sostienen unos, esas clases sociales que representan las altas gerarquías del talento, de la inteligencia y de la sabiduría; de la propiedad y de la riqueza; de la tradición histórica y de las glorias patrias; de la moralidad, de la virtud, de las creencias y de la conciencia religiosa; de esas clases que comprenden, en una palabra, todas las fuerzas vivas y todos los intereses vitales de la sociedad, deben ser, por precisión las clases preponderantes en la misma y aquellas que, por necesidad absoluta, deben dirigir sus destinos, puesto que ninguna como ellas es más idónea y viene más interesada en sostenerse en su modo de ser y en el de la nación que rigen, ofreciendo en consecuencia, la más sólida garantía á la causa del orden, de la civilización y de la prosperidad de la madre patria.

La Democracia, replican otros, significa el advenimiento de la justicia y el triunfo de la ley natural escrita por el dedo de Dios en la frente del

hombre y sellada con la misma centella divina, declarando á todos los hombres hermanos é hijos de un padre común, sujetos á la misma ley de dependencia y afecto paternal y movidos por los mismos resortes providenciales. De un mismo molde nacieron, con las mismas facultades se desarrollan, en un mismo ambiente respiran y un mismo fin les espera. ¿Por qué, pues, estos privilegios que hacen á un hombre ó á una clase social, señora, dueña y árbitra de otro hombre ó de otra clase? No lo quiso esto Dios, ni la naturaleza que es su verbo, y, al quererlo los hombres, cometieron un crimen de lesa ley natural y de lesa ley divina. El plan natural, la voluntad de Dios, el querer de este Padre común de todo y de todos, es una vasta fraternidad en que los hermanos fuertes y sabios alarguen la mano á los débiles y á los ignorantes, no para repartirles con ostentación y soberbia las migajas que les sobran de sus festines, dejándolos luego abandonados á sus propias fuerzas y miserias reptando en el mismo in-mundo ceno, sino para elevarlos, para ennoblecerlos, para sentarlos á su lado, igualándolos, identificándolos en su dignidad y en los mismos títulos y derechos que heredaron en común de la misma madre naturaleza.

¡Y siempre los mismos temas y vuelta siempre á variaciones y cambiantes interminables de este viejo tema!

La escuela ecléctica en sus diversos matices, la escuela doctrinaria con todas sus variantes, la escuela del justo medio y de los temperamentos moderados que se afana en conciliar los extremos apelando á razones de oportunismo ó á medidas de lugar y tiempo, se ha entrado con solemnidad en este campo de bullidora disputa, tratando de aunar voluntades opuestas, esforzándose en hermanar la Tradición y la Revolución, empeñándose en enlazar los derechos naturales del hombre con los derechos históricos de los príncipes. Y tomando posesión del terreno, se ha proclamado regeneradora de la sociedad, apóstol de la Buena Nueva y directora del Movimiento, echando las raíces de una nueva clase social de grandes alientos; la clase de los políticos. Esta nueva clase, resistiendo firme un día, colocándose otra á honesta distancia de Poder histórico, retrayéndose poco después hacia *Las Instituciones*, y cayendo enseguida *del lado de la Libertad*, lejos de realizar sus promesas y cumplir con sus compromisos, ha dado solo de sí el recrudecer la lucha política, encarnar la disputa, atizar el cisma, encender las pasiones y exasperar los ánimos, dividiendo y fraccionando las inteligencias y la opinión.

La Mesocracia que nació y se creció en el silencio y al abrigo de las hostilidades de estas opuestas tendencias, que se rebusteció y enriqueció con los despojos y el botín recogido de ambas beligerancias, interpretó bien el advenimiento de este nuevo orden social, conoció bien el papel principalísimo que en él debía desempeñar, y comprendió mejor el vuelo que tenía derecho á esperar y la influencia que le tocaba al sentar su campo

atrincherado sobre las demoliciones y ruínas de la decrepita y degenerada aristocracia histórica. Temiendo por igual á lo que dió en llamar *las dos tiranías*: la de arriba y la de abajo; viendo asegurada su existencia, su valimiento y su preponderancia en el nuevo Estado de los políticos, abrióles sus brazos, les ofreció su cooperación, les facilitó sus caudales y les brindó con sus fuerzas, declarándose aliada y cómplice de sus proyectos y entregándose como vil y palaciega cortesana.

La Burocracia que vió con este nuevo orden de cosas abrirse ancho camino y dilatado horizonte á su vida oscura y servil, que vió brotar como por ensalmo de la nada este nuevo organismo y este nuevo faro nunca soñado, saludó alborozada la nueva era y entonóla en sus altares chispeante y patriótico himno. Con el nuevo Estado de los políticos, vió que su inesperada emancipación era un hecho, su elevación é influencia en los negocios públicos una cosa real, su posición y su importancia asunto definido. No anduvo en equivocaciones al ver su profesión convertida en una carrera lucrativa y permutadas las oficinas del gobierno, las dependencias del estado, los despachos de los negociados, los empleos, cargos, funciones y dignidades públicas, en otros tantos feudos para premiar servicios, remunerar favores, recompensar trabajos, comprar sacrificios, alentar violencias y proteger nepotismos. Nada tiene de extraño que ante tan bella perspectiva se engrosara el ejército de candidatos, se apretaran filas en la guardia veterana, y que la masa general de vividores públicos cayera en batallón cerrado á los pies del nuevo ídolo y jurara á sus banderas eterna sumisión y obediencia eterna como la más fiel de todas las milicias.

La Prensa, sin abolengo entonces y sin historia, arrastrando una existencia humilde y precaria, asomando su cabeza por encima de los accidentes del terreno en que se había librado la batalla con la magestad olímpica y el continente soberbio del que tiene conciencia de su fuerza y de su poder, sintiendo circular por su pecho corrientes desconocidas y leyendo claro en sus futuros destinos de porvenir y grandeza, no tardó en presentarse á reclamar su parte en el botín, haciendo sonar sus derechos inviolables, y desenvolviendo el protocolo de sus conclusiones dejando ser palanca que movía el sentido nacional, cátedra que formaba la inteligencia y educación social, brújula que dirigía la opinión pública, ariete que demolía instituciones y gobiernos y tóxico que envenena reputaciones públicas, siendo en una palabra, un Estado dentro otro Estado, una función social dentro las más elevadas funciones sociales del Poder. Y como era indispensable una inteligencia entre ambas partes, se entendieron pronto y quedó pactado un cambio mútuo de servicios igualmente provechoso á unos y otros. Desde entonces la Prensa defiende la causa de este nuevo Estado y la defiende como quiere y como se le antoja, como le conviene y como favorece á